

irritan, que chocan de continuo y que viven en perpétua y magnífica actividad.

Símil es, en efecto, aquel Golfo impetuoso de la imaginación prodigiosísima de Zayas Enriquez que no descansa jamás, que vuela por todas partes y siempre con alas que no se abaten, que no se plegan, alas vigorosísimas y récias como las alas del águila altanera.

Lo sabemos y por eso lo decimos. En punto á vigor y á fecundidad intelectual nadie supera en México á Rafael de Zayas Enriquez.

Por lo que hace al mérito de sus obras es ya generalmente reconocido. El teatro y la lírica le deben joyas de inapreciable valor. *Su lucha del Bosque* á haber ido al estrado de un Certámen continental, como han ido á otros Certámenes algunos de sus hermosos cantos, hubiera obtenido brillantísimo lauro. Es una composición felizmente imaginada y hecha á maravilla.

Nosotros tenemos á Rafael de Zayas Enriquez por uno de los más inspirados poetas mexicanos.

JUAN B. GARZA.

XV.

ES vulgar la cita con que vamos á dar principio á esta semblanza, pero expresará de una manera absoluta nuestro pensamiento. Nos referimos al proverbio que dice: dime con quién andas y te diré quién eres.

Pues bien, digámos ahora con quién anduvo,— ¡que ya no puede andar por una fatalidad lamentable!—este sentido poeta, nuestro amigo del alma.

Nadie ignora que Manuel Acuña y Juan B. Garza se trataron como hermanos. Juntos vivieron;

pensaron, sufrieron y estudiaron siempre cerca el uno del otro. Hicieron del aula un segundo hogar, ya que el nativo estaba tan lejos, tan lejos ¡ay! que era para ellos como un paraíso perdido, tanto más amable cuanto más distante lo contemplaban.

De esta unión cariñosa, que reprodujo el milagro de Píades y Orestes, resultó una afinidad literaria,—que afines fueron como poetas Manuel Acuña y Juan Bautista Garza.

¿Y qué elogio más cumplido se puede hacer en cuestiones literarias que el que expresan en lenguaje tan liso las líneas precedentes?

¡Parecerse á Acuña! Sin duda que es esto mucho, si se cree como lo creemos nosotros que aquel malogrado poeta ocupa entre los nuestros eminente lugar: una cima luminosa.

Muy de véras sentimos que la índole de estos pequeños artículos, reducidos al acerado círculo de la síntesis, nos priva de hacer las debidas comparaciones; de las cuales saldría airosa la premisa indicada.

Pero sea de esto lo que fuere, lo cierto, lo evidente, lo que nos complace sobre manera es la creencia que tan íntimamente abrigamos, de que Juan B.

Garza, en quien vemos á un verdadero y noble amigo, es un poeta que honra á su patria, un poeta dulce, correcto, generoso y por lo mismo de altísimos ideales.

Y en prueba de que mana miel hiblea de los riquísimos versos de este poeta, léase el siguiente soneto que titula "Tristeza," y que encanta por su facilidad verdaderamente deliciosa:

Cuando irradiaba el cielo de mi cuna
del sol de la inocencia á los fulgores
sin que sobre ese cielo los dolores
proyectasen jamás sombra ninguna.

Demandaba con ánsia á la fortuna
que llegasen los años brilladores,
y de sus horas de placer y amores
disfrutar me dejase al ménos una.

Llegó la juventud y lo deploro,
que si ella me brindó goces extraños
dándome de ilusiones un tesoro,
hoy que apuro tan hondos desengaños,
vuelvo la vista á mi pasado y lloro
por la quietud de mis primeros años.

Leyendo estos versos suavísimos se exita el deseo de apurar algo más de ese néctar y al momento vienen á la memoria estos otros del poeta español:

Flérida para mí dulce y sabrosa
más que la fruta del cercado ageno....

Adalberto A. Esteva.

XVI.

T

ENEMOS entendido que el arte atra-
viesa en estos momentos por un período de furiosa
y verdadera anarquía.

Así, pues, cuando caen en nuestras manos las
obras de sus jóvenes sacerdotes, no queremos juz-
garlas; las admiramos únicamente si algo tienen que
nos atraiga.

Y esto es lógico, si se atiende á que nada es va-
letero ni decisivo en esta edad de lucha encarnizada,
en que pugna cada escuela por declararse la mejor.

Bajo esta norma y con esta idea solo diremos, tratándose de este jóven, gala de nuestra sociedad por las prendas personales que lo distinguen, que le contamos en el número de los verdaderos poetas mexicanos, á lo cual le dá indisputable derecho su natural y rica inspiración.

A la vista tenemos unos versos suyos en los que brillan gallardísimas estrofas del género descriptivo, tan difícil, según opinan los inteligentes en el arte poético.

Leamos algunas, que tomo al acaso:

Allá abajo la alféra neblina
despréndese del haz del manso río,
como flotante y blanca muselina
que se prende en el álamo sombrío.

.....
Al claro borde del cristal se asoma
el sauce que abrillantan las espumas,
y en él posada esparce la paloma
gotas de luz al sacudir sus plumas.

Hablando con franqueza hay animación, colorido y bizarría en esos detalles, pinceladas suavísimas del arrogante cuadro de la naturaleza que pintó el poeta con pulso tan firme y tan feliz y airosamente.

No nos ciega la pasión al decir con referencia á Adalberto Esteva, que para ascender á la cima de la gloria, cuyos pasos sigue sin estrépito alguno, bien puede tomar del brazo á Luis G. Urbina, su compañero de juventud. Los dos son igualmente inspirados, los dos serán calurosamente aplaudidos. Sus lábios deben decir con el poeta alemán:

Alas!... alas!...

Jose Gutierrez Zamora.

XVII.

NO conozco naturaleza más impresionable que la de este cantor popular, cuyos versos fáciles, conceptuosos y entusiastas conoce toda la República.

No es Gutierrez Zamora el poeta que, como dicen del ruiseñor, ese bardo de la naturaleza, busque el retiro para cantar en él á solas con su alma y acariciando sus ilusiones.

La atmósfera ligera y tibia del gabinete lo ahoga, lo enerva, lo enferma. Su espíritu vive ansioso

de las muchedumbres que enloquecen y marean. La musa que lo inspira es la musa radiante del festín y del sarao, la musa estraña del vivac y del campo de batalla.

El arte, el heroismo, la gloria, la libertad, la patria. Hé aquí los númenes en cuyos altares ha quedado este poeta querido el incienso de su adoración sin límites y de su ternura inagotable.

La patria le debe allende los mares, el que haya presentado allá á sus héroes, á sus vírgenes, á sus sábios, á sus poetas. Jamás pisó tierra extranjera, sin consagrar en ella á la suya un recuerdo y un canto: una flor y una armonía.

IGNACIO M. LUCHICH.

XVIII.

AMIGO íntimo este poeta de Salvador Díaz Mirón, ciego apasionado del egregio cantor de Byron y Víctor Hugo, se inspira en los versos de aquel poeta cuya escuela artística y brillante ha seguido y con lucimiento extraordinario.

De natural apasionado, de fogosa fantasía, pletórico de sueños, lleno de nobles arranques, tiene fijos los ojos en un porvenir que le ofrece encantadores mirajes, horizontes dilatados y deslumbradores. Vá sobre el mar del mundo sereno y con velas des-

plegadas, sin temor á las tempestades, sin que le arredren las olas con su furia.

Lée mucho y trabaja más. Y brotan sus cantos bañados de vaga luz que remeda la luz del íris en tarde radiosa de Julio.

Altivo y soñador, caballeresco por inclinación, todo lo afronta, nada mide, nada, pues todo lo halla accesible su impetuoso carácter.

La esperanza le acompaña. A su ancla salvadora se ha cojido sediento de gloria, ansioso de ruidosísimo y legítimo aplauso. ¡Noble ambición que un hado propicio coronará sin duda!

Así lo deseamos nosotros. ¡Se quiere tanto á un amigo!

Los versos de este poeta tienen el matiz del ópalo y el oriente de la perla. Son como el aureo cintillo de esmeraldas en la mano delgada y blanca de una mujer hermosa. A nosotros nos encantan.

Manuel Lizarriturri.

XIX.

NINGUNO de nuestros poetas le gana á este poeta en lo triste y melancólico.

Si los versos son flores del alma como se les ha llamado, las flores que produce el alma triste y enferma de Manuel Lizarriturri, deben ser amargas adelfas.

La adelfa es la compañera de los sepulcros; vive con los muertos cuyo sueño vela cariñosa inclinándose sobre la húmeda tierra que los guarda.

Y eso mismo es lo que hace nuestro poeta. Los suyos y los ajenos, todos los dolores humanos le hieren, arrancándole una lágrima y un canto.

Canto triste; lúgubre si se quiere, pero dulce y emanado de una bondad sin límites. Alma pura es sin duda el alma de este poeta cuya existencia se consume herida por un ideal que vive en el cielo.

Amigo finísimo Lizarriturri todos le quieren y pocos se atreven á herirlé. ¡Ni cómo hacerlo, ni por qué!

Poeta verdaderamente sentimental é inspirado, disfruta la satisfacción de saber que sus obras son leídas en todo estrado galante y por las mujeres sobre todo, que lo comprenden y lo distinguen.

Es de sentirse que cierta lasitud de carácter ó de temperamento y un marcado desdén á las vanidades del mundo, hagan que sea tan desdeñoso este poeta con las Musas, solícitas y buenas diosas que jamás le han querido abandonar.

PEDRO CASTERA.

XX.

PASO á la verdad! Paso á esa diosa tan á menudo mancillada; diosa casi proscrita de sus santos altares donde solo exhalan sus delicados perfumes las flores que en ellos depositan los hombres generosos, los hombres buenos!

¡Paso á la verdad! decimos, en el mismo instante en que viene á nuestra mente el nombre de aquel señalado poeta, á quien tenemos por una de nuestras personalidades literarias más alta y más digna de sincero y ruidoso aplauso.

—67—

No somos sectarios ni amigos siquiera del *Exito*, ese dios que el egoismo de nuestro siglo levanta á todas horas sobre aureo y vistoso pavés, estandarte que sigue el vulgo siempre lisonjero y codicioso, siempre torpe y mezquino.

Ya lo dijimos, es Castera una personalidad literaria tan brillante de por sí, intrínsecamente tan valiosa, que ni su gran modestia, ni su honrada pobreza la podrán opacar.

Ahí están sus obras. Catorce volúmenes ha escrito. Uno de versos; sus "Ensueños y Armonías," que lo son en efecto, pues tienen acentos de infinita pasión y de suave dulzura, y trece en prosa afiligranada y pintoresca, entre los que figuran como obras de un ingenio fecundo y feliz, "Cármén," novela ó poema de la escuela sentimental, y "Las Minas y los Mineros," su obra magna, en la que ha derramado el tesoro de su ciencia y aún otro más valioso que ese, el tesoro de su talento privilegiado.

Escritor trascendente y poeta original y digno, ¿cómo se ha de perder su nombre?

Y ya que hablamos del poeta mirémos como lo juzga otro hermano suyo,—Pancho Cosmes. Dice

hablando del volúmen que encierra *Los Ensueños* y *Delirios*: que son estos un ramo de violetas cortadas una á una al pasar distraído por sendas extraviadas para huir al bullicio de la multitud.

Y agrega más adelante dirigiéndose á los lectores del precioso libro *Los Ensueños*:

"Tal vez alguno de vosotros dirá: "no es original Castera: aquí hay mucho de Heine, ahí algo de Becquer." Mas yo á esto contestaré: la manera puede ser, pero el fondo imposible. Heine convierete el amor en *esprit* y Becquer en desesperación. ¡El amor! ¡Lo más ideal, lo más sublime!"

Lo que no hace Castera para quien el amor *es lo que es*: la luz que esclarece los horizontes del alma, el fuego que alienta y dá vida á la humanidad, enobleciéndola y purificándola: *lo más sublime, lo más ideal*, es cierto. Y este amor es el que ha sentido y cantado nuestro poeta, tocado en la frente por la sagrada mano de la inspiración.

Breves y apasionados son los versos de este poeta; leed las siguientes estrofas:

Todo el mar infinito de la idea
que bajo el cráneo hierve irresistible,

que rápido, vibrante centellea
lo debo.... á tu mirada indefinible.
Toda la voluntad omnipotente
que lucha por abrirse otro camino,
y que ruge en mi pecho eternamente,
lo debo.... sólo á tu mirar divino.
Toda esa fiebre dulce tan querida,
toda esa aspiración, todo ese anhelo
que llaman sentimiento y que es la vida
lo debo.... sólo á tu mirar de cielo.

Hé aquí la expresión elocuente de ese amor ideal y sublime al que hizo referencia Cosmes. Palpitante y casto, ahí está en esas estancias que constituyen un canto del corazón.

ANSELMO ALFARO.

XXI.

PERTENECE á ese enjambre de abejas de oro que liban dulcísima miel en los calices de las abiertas flores del Parnaso.

Sus poesías son frescas y gallardas; proceden del irio ó de la azucena.

Concibe rápidamente y trabaja de prisa.

Anselmo Alfaro puede decir con el inspirado cantor cubano:

Yo podré cuando á mi anhelo
noble inspiración socorra,

—71—

hacer un verso que corra
manso como un arroyuelo.

Y pintar en él un cielo
azul, un lago tranquilo,
una selva fresco asilo
de pajarillos cantores,
poniendo en todo las flores
expléndidas del estilo.

Y Anselmo hace de esos versos que corren mansos, límpidos y sonoros como el arroyo á que se refiere el autor de la espinela que hemos copiado ya, para engazarla en estas líneas cual rico florón de vistosos matices. Anselmo Alfaro como el poeta cubano tiene esas flores del estilo, expléndidas y lozanas y es capaz así mismo y en sus horas de radiante inspiración de copiar en sus versos el cielo azul, el terso lago y la selva rumorosa, asilo de las canoras aves.

Bellísimas muestras nos ha dado este poeta de su fácil inspiración. Allí está, entre otras, su canto titulado "Las llavecitas," que constituye el poema galante más discreto y más lindo. Es una filigrana con engarces de pequeñitas perlas, esa producción suya que hemos visto con tanto placer.

Personalmente Anselmo Alfaro, tiene prendas de carácter que lo hacen accesible y blando para todos. Hay *sprit* y brillantez en su conversación que brota espontánea y sonora de sus labios, conquistando sonrisas y amigos. Tiene este poeta un corazón de oro y una inteligencia que propende al vuelo. Deseara yo que me llamase su amigo.

Ramon Rodriguez Rivera.

XXII.

LAS Musas no han sido esquivas con él; él ha sido el esquivo con las Musas.

Poeta nacido en la *tierra caliente*, bajo la zona que besa y fecunda un sol ardoroso y radiante, todos sus cantos los ha consagrado á la Naturaleza.

Su mirada sedienta de luz y ávida de horizontes, ha vagado inquieta por campos, selvas, mares y firmamento. Y á cada uno de ellos ha tomado sus misteriosas armonías.